

Luis Felipe, secretamente enemigo de la libertad, quedó tan indignado al ver vilipendiada de esta manera una persona real que revocó sus promesas de auxilio y Thiers tuvo que dimitir; solo que el rey, en su alegría de verse libre del ministro liberal é ilustrado y de la no menos molesta presión del gabinete inglés, no conoció, con toda su astucia de mercader, que con su ciego afán de verse tolerado como colega por los

ral que los liberales extremaran también sus pretensiones, si extremarlas era no contentarse con una carta otorgada como el Estatuto. En estas circunstancias, y estando la reina Cristina en la Granja, estalló la insurrección, el 13 de agosto de 1836, á las nueve de la noche. Formaban la guarnición de la Granja dos batallones de la guardia real, que acababan de llegar del Norte, donde habían peleado gloriosamente con los carlistas al grito de viva Isabel II y viva la constitución; y hacían también servicio una compañía de milicia nacional, un escuadrón de guardias de corps, otro de granaderos á caballo y una compañía de policía á caballo, llamada de salvaguardias. El movimiento comenzó en las afueras de la población y en el cuartel de uno de los batallones de infantería. Este batallón tomó las armas, mandado por un sargento, y conforme iban llegando los oficiales, fueron obligados á ponerse al frente de sus respectivas compañías. Formado luego el batallón, con sus jefes y oficiales y con la música á la cabeza, á las diez de la noche se encaminó á la población, cuyas puertas le fueron abiertas por la milicia nacional y por la guardia que las custodiaba. Al entrar en la gran plaza de palacio los sublevados, formados en buen orden, se les unieron los que no estaban de servicio en palacio, pertenecientes al otro batallón, y los salvaguardias. Los guardias de corps, que ocupaban uno de los edificios de la plaza, cerraron las puertas de su cuartel y tuvieron ensillados los caballos toda la noche. El escuadrón de granaderos á caballo salió de su cuartel y se formó en buen orden en una plazuela inmediata, á la vista de los sublevados, pero sin hostilizarles ni tomar parte en el movimiento. La guardia de palacio, mandada por un brillante coronel, cerró las puertas, se puso en actitud de defensa y esperó órdenes.

Desde las diez de la noche hasta las dos de la madrugada siguiente la situación de unos y otros se conservó la misma: la guardia de palacio con las puertas cerradas y á la defensiva; los sublevados formados en buen orden en la gran plaza; los guardias de corps en su cuartel y los granaderos á caballo en la posición que habían tomado. A las dos de la mañana, viendo la reina María Cristina que la sublevación no se deshacía por sí misma, como quizás había esperado, mandó á un ayudante salir al balcón é invitar á los sublevados á que nombrasen una comisión que le expusiera sus deseos. En efecto, se nombró una comisión, compuesta de seis sargentos, un músico y un subteniente de la milicia nacional, los cuales subieron á la habitación que la reina señaló para recibirlos. Allí el sargento García, que llevaba la voz, expuso respetuosa aunque firmemente á la reina los servicios del ejército y de los liberales en favor del trono de su hija y la recompensa que deseaban, que era la proclamación de la constitución de 1812, sin perjuicio de las modificaciones que en ella pudieran hacer las cortes que se convocaran. La reina, después de haberles oído, dijo que no deseaba más que la dicha de los españoles y que les comunicaría en breve su resolución, con lo cual se retiraron los comisionados, después de haberle besado la mano, la mayor parte hincando la rodilla para este efecto.

Tardó una hora la reina en resolver; pero al fin, á las tres de la mañana envió al inspector de milicias provinciales, general conde de San Roman, á leer á los sublevados el decreto, que después fué refrendado por el ministro de la Guerra, mandando publicar en todo el reino la constitución de 1812.

Inmediatamente se nombró otra comisión que acudiera á Madrid con el ministro de la Guerra y con los decretos para la promulgación de la constitución y el nombramiento de un nuevo ministerio, en el cual volvió á entrar Mendizábal. Entre tanto el general Quesada en Madrid había reprimido el movimiento intentado, y habiéndose esparcido en breve la noticia de lo sucedido en la Granja, el pueblo bajo se amotinó y persiguió al general, que se refugió en el inmediato pueblo de Hortaleza, donde, en efecto, fué vilmente asesinado.

Estos son los hechos, y añadiremos que ninguno de los que dirigieron el movimiento de la Granja, fuera del acto de la sublevación, faltó en lo mas pequeño al respeto á la reina y á la señora; que la sublevación les fué inspirada por móviles acertados ó erróneos, pero exclusivamente patrióticos y desinteresados; y que aquellos sargentos, que tuvieron en sus manos siete días el gobierno de la nación y nombraron ministros, sargentos se quedaron, marcharon á combatir al Norte como sargentos y como tales, los que no murieron en el campo de batalla, recibieron luego su licencia absoluta, sin mas consideración, ó con menos consideración, que los demás de su clase. Todos han muerto ya menos uno, y queremos hacerles aquí esta justicia.

(N. del T.)

monarcas legítimos por la gracia de Dios, se colocaba en una posición tan humillante que le hizo perder toda estimación, confianza y respeto en su país y en el extranjero.

Nunca como entonces había estado mas pujante la causa del pretendiente español, pero su imbecilidad y la de su corte no le permitieron hacer ni la concesión mas leve, que habría bastado para desarmar á la mayor parte de sus adversarios, horrorizados del liberalismo ardiente de los exaltados. En lugar de esto él y sus sectarios, llamándose defensores del trono y del altar, continuaron aterrando á la nación española con sus actos sanguinarios, dignos de fieras. El pretendiente confiaba en la Virgen de los Dolores, á la cual había nombrado generalísima de sus feroces huestes, pero ninguna victoria notable obtuvo ya, fuera de la expedición del arrojado Gomez á Asturias, Galicia y Leon, cuyos habitantes sintieron los horrores que en todas partes cometían los carlistas. Gomez pensaba caer sobre Madrid, pero siendo rechazado metióse en Andalucía, llevándolo todo á su paso á sangre y fuego, sin que los generales Narvaez, Rodil y Alaix hubiesen sabido cortarle la retirada para aniquilarle con sus secuaces. Cristinos y carlistas parecían rivalizar en ineptitud, torpeza y crueldad. Los carlistas fusilaron un número de oficiales cristinos, y el populacho de Barcelona penetró á la fuerza en la Ciudadela, donde mató por vía de represalias á los prisioneros de guerra carlistas. El general Noguera, indignado de las matanzas espantosas ordenadas por Cabrera, y en cumplimiento de la orden de represalias que había dictado el gobierno, hizo fusilar en Aragón á la madre de este, mujer devota que lloraba las ferocidades de su hijo, el cual, ciego de rabia, mandó fusilar á su vez á veinticuatro oficiales y sargentos liberales, y desde entonces no dejó ya con vida á ningún prisionero.

En la noche de Navidad del año 1836 logró el general Espartero, en medio de un torbellino espantoso de nieve, apoderarse del puente de Luchana, lo cual le permitió socorrer la plaza de Bilbao y hacer levantar el sitio á los carlistas. Estos, en cambio, pasaron otra vez el Ebro (1), á pesar de los generales del ejército liberal, y á no haber sido por la completa ineptitud que reinaba en el cuartel general del pretendiente y que sobrepujaba á la de los cristinos, nada habría impedido la entrada triunfal de Carlos V, como se titulaba, en Madrid, á donde se dirigió con sus fuerzas el feroz Cabrera para dejar á su rey franco el camino, pero Carlos mismo echó á perder esta bien calculada empresa, y Cabrera hubo de darse por muy contento, lo mismo que el pretendiente, con poder retroceder sin gran descalabro. Entonces se desanimaron los esforzados vascos y comprendieron la inutilidad de sacrificarse por semejante rey; Maroto, su general mas capaz, se apoderó de la camarilla del pretendiente su amo, hizo fusilar á cuatro generales por traidores y firmó con Espartero el célebre convenio de Vergara por mediación del general inglés Hay, en 31 de agosto de 1839, convenio que aseguraba á las provincias Vascongadas sus fueros, y en virtud del cual Maroto se rindió con veintinueve batallones de infantería y tres escuadrones, sometiéndose al gobierno de la reina. Esta deserción capital obligó á Carlos á pasar, con el resto de sus fuerzas, la frontera. El gobierno francés le interinó en Bourges, donde renunció en 1845 á todos sus derechos al trono de España en favor de su hijo mayor, con lo cual obtuvo permiso para trasladarse á Trieste, donde murió el 10 de marzo de 1855, siendo el tercer representante del principio monárquico absolutista y legitimista que en el siglo actual ha muerto en el ostracismo.

(1) Entre el levantamiento del sitio de Bilbao y el paso del Ebro por tres expediciones carlistas combinadas, trascurrió un año.

(N. del T.)

En julio de 1840 Cabrera tuvo que pasar también la frontera francesa empujado por Espartero, nombrado entre tanto por la regente duquesa de la Victoria; y con esto quedó extinguida la guerra civil, pero no la lucha de los partidos políticos. El ministerio Calatrava, viendo la imposibilidad de gobernar al país con la constitución de 1812, logró, á pesar de ser liberal, la promulgación de una nueva constitución en 18 de junio de 1837 (1), con dos cámaras, pero el resultado fué el mismo, porque cualquiera que fuese la ley electoral, siempre ha sido un instrumento obediente á la mano que lo maneja, ya fuesen moderados los que gobernaban, ya progresistas.

La cuestión de Oriente

La guerra oculta que se hicieron en España la Francia y la Inglaterra, aquella protegiendo al partido moderado y esta detrás del progresista, contribuyó en el Oriente de Europa, como en la península ibérica, á complicar la lucha y á hacer resaltar el contraste entre la Europa occidental constitucional, y el centro, Norte y Este absolutistas. Este contraste era, en la cuestión de Oriente, mas peligroso para la paz general que en otra parte alguna, porque esta misma cuestión va adquiriendo en nuestro siglo cada año mas importancia para la situación política de las potencias europeas.

Desde la extinción de la fuerza expansiva de la raza turca el imperio otomano había entrado en el período de decadencia y de disgregación que precede invariablemente á la desaparición de todas las monarquías fundadas por los déspotas conquistadores del Oriente. Este período había empezado para la Turquía con la paz de Carlowitz, en 1690, y habíase acelerado desde la paz de Kuchuk-Kainarche. La decadencia interior iba progresando, y lo que era peor, se iba conociendo desde fuera. La sobriedad y sencillez de costumbres que desde un principio habían contribuido en gran parte á las victorias y al poder formidable de los turcos, habían ido desapareciendo ante los efectos invasores de la cultura europea, su enemigo mas poderoso y permanente, que comunicaba á la sociedad turca sus defectos sin inculcarle sus virtudes y ventajas. Empezó por atacar las regiones oficiales; vino luego Mahmud II con sus reformas europeas, que en lugar de rejuvenecer y modernizar al imperio solo sirvieron para demostrar la incompatibilidad de la cultura europea con la nacional y religiosa de la raza turca, sin contar que su autor, á pesar de su calidad de sucesor del profeta, apareció á los creyentes ortodoxos como hereje (2).

Mehemet Alí vió desde Egipto con pesar profundo la decadencia del poderío turco (3). La culpa era, en su concepto, de los altos funcionarios de la Sublime Puerta y en primera línea de su enemigo mortal Khosrev-Bajá, que desde la guerra con Rusia era el hombre de confianza del sultan. Mehemet Alí se sentía capaz de regenerar el imperio turco y se halagaba con ser revestido de la dignidad de *emir-al-Omra* hereditario al lado del sultan nominal. Desde su campaña de Grecia había entrado en relaciones directas con los gabinetes europeos, que le trataban mas como soberano que como súbdito.

(1) Fué consecuencia del movimiento de la Granja. Allí se proclamó la constitución de 1812 sin perjuicio de las modificaciones que hicieran las cortes. Estas se reunieron inmediatamente y antes de un año habían decretado la constitución, que los moderados declararon hecha con arreglo á sus principios.

(N. del T.)

(2) Prokesch-Osten escribió en 1853 como testigo ocular: «La Turquía no tiene ya fuerza para vivir, ha empezado su descomposición; el sistema huero de las innovaciones, tan aplaudido por todos los liberales de nuestro tiempo, ora sean gobiernos, ora pueblos, ha hecho incurable el mal de Turquía, cuya muerte es solo una cuestión de tiempo.» *Papeles póstumos*, tomo II, pág. 144.

(3) Prokesch-Osten, *Mehemet Ali* (1874), págs. 15 y siguientes.

to de la Puerta. Esto y su tesoro repleto y sus fuerzas terrestres y marítimas perfectamente disciplinadas, instruidas, organizadas y pertrechadas á la europea, le dieron un poderío mucho mayor que el de su soberano el sultan. Este último no le cumplió lo que le había prometido por su cooperación para la sumisión de Grecia; y la cesión de la isla de Candía por 25 millones de piastras (4), isla que el agraciado tenía que conquistar todavía, no satisfizo al virey. No compensaba, en efecto, la posesión de la Siria meridional, que había sido el premio prometido y que necesitaba el Egipto para la exportación de sus productos agrícolas, «como el puerto necesita la mar y como las casas suponen un camino para llegar á ellas.» Mehemet Alí no era hombre para dejarse engañar y resolvió tomar lo que el sultan no quería darle, á cuyo fin aprovechó el instante favorable, cuando en 1831 las grandes potencias europeas estaban ocupadas con los sucesos de Francia y Bélgica y el gobierno de Constantinopla con la sublevación de los bosnios y albaneses. El pretexto lo dió Abdalá, el gobernador de San Juan de Acre, protegido de Khosrev, que impedía el tránsito de las mercancías egipcias por su bajalato y daba asilo en él á los fellahs, que huían en gran número del Egipto. Esto bastó á Mehemet Alí para enviar á Siria con 30,000 hombres á Ibrahim, su yerno, el verdugo de Morea, y que recientemente había salvado los lugares santos del islam de los wahabitas. Al llegar Ibrahim á Siria se le entregaron sin resistir las ciudades de Gaza, Jaffa y Jerusalen. Acre, que resistió, fué cercada por mar y tierra.

El sultan quedó consternado al recibir tamañas noticias, y en la imposibilidad de expulsar al invasor á la fuerza, trató de ganar tiempo é invitó, en 1.º de diciembre, á Mehemet Alí y Abdalá á presentar sus quejas ante el diván, preparándose entre tanto para la guerra contra su vasallo desobediente. Por lo pronto ordenó que evacuara la Siria, y como no obedeciera y pidiera, bien que con mucha humildad, por supuesto fingida, los bajalatos de Acre y Damasco, le destituyó á él y á su yerno. Mas ni uno ni otro se dieron por entendidos y entonces declaróles el sultan, por edicto de 23 de abril de 1832, fuera de la ley, y envió como ejecutor á Hussein, el exterminador de los genízaros, con un ejército de 60,000 hombres, destinado á invadir la Siria y el Egipto. Esta fuerza imponente habría sido suficiente para cumplir su cometido si el visir Khosrev-Bajá por celos y Hussein por codicia no hubiesen paralizado y echado á perder la campaña. Cuando el ejército llegaba al pié del Tauro, en 25 de mayo de 1832, tomó Ibrahim por asalto la plaza de Acre, después de una resistencia tenaz y heroica; en seguida Damasco abrió sus puertas al vencedor. Entonces repitió el virey de Egipto su solicitud anterior, pero el gobierno de Constantinopla la rechazó. Ibrahim recibió en cambio orden de su suegro de avanzar sobre Antioquía. A medio camino encontró y derrotó el 6 de julio cerca de Homs la vanguardia turca, entre ella la flor del ejército, las tropas de Rumelia, todas exhaustas por el cansancio y el hambre. La derrota fué tan completa que las fuerzas turcas, huyendo á la desbandada, se echaron sobre el grueso del ejército, que seguía detrás, y antes de que los fugitivos lo arrastrasen en su huida ordenó el general en jefe la retirada.

Con otra victoria abrióse Ibrahim el paso por el desfiladero de Bailan, por el Alma Dagh, y se apoderó del puerto de Alejandreta con todos sus almacenes, y el 11 de agosto entró en Adana (5), presentándose y siendo recibido en todas partes como libertador y defensor ortodoxo del islam contra el sultan hereje y exterminador de los genízaros.

(4) Una piastra es igual á 40 paras, ó sea 0'90 (0'896) de peseta aproximadamente.

(5) Llave de los pasos por el Tauro.

En este punto renovó el virey por segunda vez su ofrecimiento y solicitud, pero el divan contestó intimándole la sumision incondicional. Entonces Mehemet Ali dió órden á Ibrahim de atravesar el Tauro é hizo saber á los cónsules europeos acreditados en sus Estados que no se contentaría ya con menos que con toda la Siria, pagando al sultan, siempre como súbdito suyo, el correspondiente tributo anual de este vasto territorio.

El general Hussein fué reemplazado por el mismo gran visir Reschid-Bajá, y otra vez se vieron frente á frente los dos hombres que tanto odio se profesaban desde que se habian encontrado ante los muros de Misolonghi. El plan del gran visir era sostenerse, en su campamento fortificado, á la defensiva durante el invierno y cansar al enemigo en una guerra activa de guerrillas, la cual probablemente habria sido fatal para Ibrahim, que habia penetrado en el Asia Menor contando con el apoyo moral del país como único auxilio, y este auxilio cuando se prolonga la calamidad de la guerra suele durar poco. Pero el sultan y su privado Khosrev no aprobaron el plan de Reschid y le ordenaron que cayera sobre el ejército del egipcio sin dilacion, con lo cual dieron lugar á una derrota que puso el trono del sultan á dos dedos de su ruina. El 21 de diciembre de 1832, dia excepcionalmente frio é inclemente, libróse la gran batalla cerca de Conia (1), y despues de una larga y encarnizada lucha quedó deshecho el último grande ejército del sultan, prisionero el general en jefe y gran visir, y abierto el camino de Constantinopla al vencedor. Entonces, sin embargo, salió al encuentro del atrevido egipcio un contrario que le dió la voz de *alto*. Fué la Rusia, cuyo interés y proyectos ulteriores exigian impedir que el imperio turco se regenerase y rejuveneciese bajo el mando de un jefe inteligente y enérgico como Mehemet Ali.

Antes de la batalla de Conia el czar Nicolás habia ofrecido al sultan, por medio de su embajador Muravieff, su auxilio; pero tanta solicitud inspiró á Khosrev y al sultan sospechas, y en 31 de diciembre de 1832 rechazó el sultan el ofrecimiento, decidido, antes de aceptarlo, á reconciliarse con el temible Mehemet Ali.

No pudiendo contar tampoco con el auxilio de Inglaterra, solicitado directamente, y que le habia sido negado, revocó el sultan, en 2 de enero de 1833, su edicto declarando al virey fuera de la ley como rebelde contumaz, y cinco dias despues le envió el nombramiento de gobernador hereditario de los bajalatos de Acre y Damasco. Cuando Rifaat-Halil, portador de estos despachos, llegó á Alejandría, residencia del virey, encontró allí al embajador ruso Muravieff, que le habia precedido.

La catástrofe de Conia habia impresionado vivamente á todas las demás potencias, y mas que ninguna á la Francia, cuyo gobierno asíó diligentemente esta ocasion para hacer jugar allí su diplomacia y sacar algo en su provecho. En esto procedió de un modo muy diferente del Austria, sin hablar de la confederacion germánica, que se mantuvo inactiva, porque su director, absolutista empedernido, el canciller Metternich, creia indigno de gobiernos monárquico-absolutistas prestarse al papel de mediadores entre un soberano legítimo y su vasallo rebelde.

El gobierno francés encargó á su representante en Constantinopla que ofreciese la mediacion francesa con tal que el sultan desechase la intervencion rusa, y en caso de aceptar, prometió obtener de Ibrahim, por lo pronto, la suspension de las hostilidades, y de Mehemet Ali un arreglo ventajoso. Tanta ligereza solo se explica por el deseo vivísimo del gobierno francés de vengarse del desprecio monárquico

(1) La antigua Iconio; los turcos la llaman Coniyá.

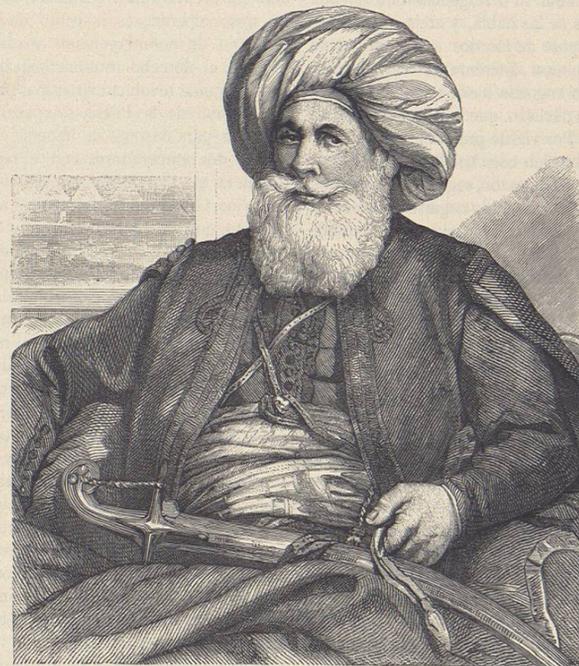
del czar y de impresionar á la nacion propia con alguna intervencion armada ú ocupacion militar de algun territorio, como en Ancona, ó por estilo de la batalla de Navarino y la toma de Amberes. Por solo esto el gobierno de Luis Felipe habia arrastrado al de Inglaterra á una accion comun para dar mas importancia á la suya; pero la Sublime Puerta recordaba todavia demasiado la intervencion armada de 1827 para permitir su repeticion, y declaró que de ningun modo la consentiria, y haciendo hincapié en esta declaracion, lord Palmerston se excusó de toda participacion, acaso porque no se fiaba de los franceses ó porque creyera detener la ruina de la Turquía mas eficazmente en union con los gobiernos de Rusia y de Austria.

Ibrahim, entre tanto, no estuvo ocioso. Para aprovisionar mejor su ejército lo distribuyó por las cuencas del Meandro y el Hermo, hasta las inmediaciones de Cutaya ó Kutahia, con lo cual aumentó el terror en Constantinopla, tanto que el sultan aceptó el primer auxilio que tuvo á mano, y que fué el ruso. El embajador ruso Buteneff, á solicitud del sultan, llamó en 2 de febrero la escuadra rusa anclada en el puerto de Sebastopol. Varennes, el embajador de Francia, al saberlo se mostró indignado; puso por obra todos los medios á su alcance para hacer revocar al sultan su solicitud, y lo logró, apoyado por los demás representantes diplomáticos y por algunas noticias favorables de Alejandría, pero cuando en 16 del mismo mes el gobierno turco retiró su solicitud, era ya tarde, porque la escuadra rusa estaba ya en camino y el 20 echó anclas en el Bósforo á las órdenes del almirante Lazareff. En el mismo dia llegó á la capital turca el almirante Roussin, nuevo embajador francés, el cual dominado por el espíritu hostil que prevalecia en Paris contra la Rusia, se presentó altanero, como podria haberlo hecho un embajador de Napoleon I, y diciendo que llevaba plenos poderes para conseguir la sumision de Mehemet Ali cediéndole solamente en feudo la Siria meridional, pidió en tono amenazador que se despidiera inmediatamente la escuadra rusa y que se comprometiera el sultan á dejarse dirigir exclusivamente por sus consejos. El sultan, siempre receloso de las intenciones rusas, firmó con el embajador Roussin un convenio en este sentido en 21 de febrero, y pidió al de Rusia la retirada de su escuadra, «para contentar al representante de Francia.» Roussin no perdió un instante, y envió mensajeros á Ibrahim y á su suegro Mehemet Ali, pero este, que acababa de entenderse con el enviado del sultan sobre la base de recibir el mando de toda la Siria, rechazó la proposicion mucho menos ventajosa del francés y autorizó á su yerno á firmar la paz sobre lo convenido con Halil, y en caso contrario, á proseguir sus operaciones militares. Roussin quedó burlado y tuvo que pasar por el bochorno de confesar que no podia cumplir su promesa, si bien alegando que era por culpa del sultan, que no le habia confiado este asunto exclusivamente á él. Para eliminar la Rusia aconsejó que se aceptaran las condiciones del virey; pero el sultan no lo quiso hacer porque le quedaba todavia una esperanza, á saber, la Rusia, á la cual se dirigió de nuevo en demanda de auxilio, tanto mas necesario cuanto que la situacion acababa de complicarse con una sublevacion popular en Esmirna. Sin embargo, Mahmud II, temeroso de que Ibrahim llegara á las puertas de la capital antes que el auxilio ruso, cosa facilísima si Ibrahim hubiese querido, le remitió su conformidad con las pretensiones del virey, y en virtud de estas concesiones firmáronse los preliminares de la paz en 8 de abril de 1833, recibiendo Mehemet Ali el gobierno ó dominio hereditario sobre toda la Siria, bajo la soberanía del sultan, y el bajalato de Adana.

Con esto quedó conjurado el peligro mas inmediato, pero

no faltaron otras complicaciones gravísimas, porque entre tanto habia desembarcado una division rusa en la costa asiática del Bósforo y otra mas numerosa se acercaba por la parte del Pruth. En vista de esto, Inglaterra y Francia amenazaron con hacer pasar á sus escuadras los Dardanelos si los rusos no se retiraban; pero el emperador Nicolás, en lugar de atender á esta reclamacion, envió al conde Orloff, su ayudante y confidente, en calidad de generalísimo de todas las fuerzas rusas destinadas á Constantinopla, las cuales no se movieron del territorio turco despues de haberse firmado la paz definitiva de Cutaya, entre el sultan y Mehemet Ali. Solo cuando las últimas fuerzas egipcias hubieron abandonado el territorio del Asia Menor, pidió Orloff permiso al sultan

para volver las fuerzas rusas á su país, y el 8 de julio, el dia antes de ponerse en marcha, firmó con el gobierno turco el convenio de Hunkiar-Skelessi, por ocho años, en el cual ambos potentados prometieron auxiliarse mutuamente, y el emperador de Rusia especialmente aseguró al sultan que le auxiliaria por mar y tierra al primer aviso. Un artículo accesorio desligó al sultan de la misma obligacion respecto de la Rusia en cambio de la que se impuso de no permitir á ningun buque de guerra extranjero la entrada en los Dardanelos. Completóse este convenio con otro, firmado en 14 de enero de 1834 en San Petersburgo, que concedió al gobierno ruso el derecho de velar por la conservacion y estricta observancia de la ley orgánica introducida bajo sus auspicios en la



Mehemet Ali, virey de Egipto.

Facsimile reducido de un grabado en acero hecho por Blanchard, copia del cuadro original de Couder, que se halla en la galeria de Versailles

Moldavia y Valaquia, en cambio de una rebaja de la indemnizacion de guerra que le debia la Sublime Puerta.

Con esto quedó arreglada por esta vez la cuestion llamada de Oriente; el sultan conservó la soberanía nominal sobre el Egipto y la Siria, y respecto de todo el resto de su imperio quedó bajo el protectorado ruso. Gracias á su diplomacia admirable prevaleció en Constantinopla la influencia rusa, rodeada de la aureola de amistad verdadera y desinteresada; la Francia sufrió el bochorno de haber quedado en ridiculo con su tentativa de hacer política en grande escala; y la Inglaterra, despues de tanto afan por apartar la Francia del Egipto, tuvo que reconocer que no habia hecho mas que contribuir á aumentar la preponderancia de la Rusia en Turquía, siendo además causa con la Francia de que el sultan se viese obligado á firmar una paz humillante.

Grande debió ser el despecho de los gobiernos inglés y francés cuando descargaron su mal humor sobre la inocente dieta germánica de Francfort, que á consecuencia de la aso-

nada del 3 de abril habia decretado la ocupacion de la ciudad por contingentes austriacos y prusianos, á pesar de la resistencia del consejo municipal de la ciudad libre, que se oponia á semejante menosprecio de su independencia. El embajador inglés cerca de la dieta protestó en lenguaje rudo y altanero contra aquel acto brutal, diciendo que el interés de Inglaterra requería la conservacion de la independencia de todo Estado europeo, por diminuto que fuese, y el embajador francés se asoció á la protesta; pero lo único que consiguieron fué dar á la dieta ocasion de publicar una muy heroica filípica contra la intervencion extranjera.

El emperador Nicolás, que despues del virey de Egipto era el que habia salido mas beneficiado de la complicacion oriental, no cupo en sí de contento, creyéndose ya al cabo de todos sus deseos. No dudaba que unido con el Austria y la Prusia podria humillar ejemplarmente á la odiada monarquía constitucional francesa y al liberalismo, que imperaba cada dia mas en Bélgica, España y Portugal; que se haria